



Ricardo Blanco Segura

Quando hace unas pocas semanas el gobierno de la República decidió rendir un homenaje al Lic. don Alejandro Aguilar Machado, no me pareció oportuno —pese a la mucha estima que por don Alejandro siento— agregar desde esta página un artículo más a los muchos que, encabezados con su nombre, se publicaron por entonces.

Ahora, y producto de hondas reflexiones al respecto, me ha parecido oportuno recordar una parte de la labor docente de don Alejandro, totalmente distinta a la que comúnmente se le reconoce como brillante y ejemplar. Me refiero al ejercicio que como maestro desempeña don Alejandro en la vida diaria, ajeno a las aulas y a las tarjetas de calificaciones; labor vivida que sólo ha experimentado quien ha recorrido un poco de mundo, sea donde sea, junto a esta figura señera de nuestra educación, de nuestra intelectualidad y de nuestra política.

Es necesario haber conocido en todas sus facetas la voz del maestro, para apreciar cómo al calor de su entusiasmo y de su sinceridad, Alejandro Aguilar Machado vivifica las cosas aparentemente muertas que se le ponen por delante y logra, mediante evocaciones increíbles, darles la realidad que en su tiempo tuvieron. Así, es capaz de

atraer hasta nuestro presente las más remotas cosas del pasado y darle actualidad a lo que ya parecía sumido en las tinieblas del ayer. Así, como un pintor con sus pinceles, es capaz Alejandro Aguilar Machado de traer a la memoria un cuadro histórico, con todo su colorido o con todo el desteñido sinsabor de su amargura.

Es extraordinaria la facultad de “revivir” que tiene este hombre imponente, distinguido por su figura física y elegante por naturaleza. Y es que Alejandro Aguilar es palabra de los pies a la cabeza. En su dicción sobra bríos desconocidos la música, brillan los colores de la pintura y la literatura se torna de carne y hueso.

No me refiero aquí a los largos y vibrantes discursos que muchas veces le he escuchado sobre diversos temas. Porque en ellos puede haber algo de artificial, producto lógico del empeño del orador por deslunbrar artísticamente a su auditorio.

Me refiero a la cálida conversación íntima que muchas veces he tenido con don Alejandro y en la que se desliza todo el fervor de su sabiduría brindándome, quizás sin darse cuenta, toda una lección de historia o de arte.

Recuerdo, al respecto, mi primer viaje a México; recién lo había conocido por medio de mi amigo Mario Jiménez, y fue su gentileza la que me hospedó de inmediato en casa de Luz Vidriales, por entonces en

# La voz del maestro

Colonia Roma Sur. De inmediato, se empeñó en mostrarme la ciudad, fría e iluminada con motivos navideños. Así, me llevó de primera entrada al Sanbors de azulejos, antiguo palacio de los condes de Orizaba, y allí empezó la primera lección inesperada de historia vivida. Luego, desde lo alto de la torre Latinoamericana, me describió a México con tal precisión que más valiera no haber leído nunca nada al respecto, porque allí estaba la ciudad enorme cobrando vida propia en los labios de Alejandro Aguilar Machado.

Y así Chapultepec, que don Alejandro me fue describiendo punto por punto, hasta hacerme volver al pasado como si yo mismo fuese producto de otra época: el dormitorio y el comedor de Carlota, la cama y el salón de sesiones de don Porfirio, los objetos de Maximiliano. Sobre cada uno de ellos don Alejandro desentrañaba un misterio y me los ofrecía tal como fueron en el momento de su realidad histórica. Así también la Catedral, el Palacio Presidencial y el Palacio de Iturbide allá en Madero; y la villa de Guadalupe y el Museo de Antropología, etc.

Sin embargo, lo que para mí más vida cobró bajo la cálida voz del maestro, fue la Plaza de las Tres Culturas, en Nonoalco Tlateloleco; ni la guía turística más completa, vulgar y convencional, pudo haberme dado una idea exacta de lo que esa conjunción de lo indígena, lo colonial y lo contemporáneo significa. La voz de Alejandro Aguilar Machado sí fue capaz de

hacerme sentir “en vivo” como dicen ahora, toda la grandeza de la plaza. ¡Lástima grande que no pudiese estar con él en Puebla, cuando conocí la Capilla del Rosario en el convento de Santo Domingo! Sin embargo, el entusiasmo con que me la recomendó, bastó para sentirla en toda su grandeza.

Años más tarde, regresé de nuevo a México y puedo decir, con toda sinceridad, que muchas de las cosas que otrora conocí al calor de la voz del maestro Aguilar, parecían desprovistas de vida.

Y así como en aquellas oportunidades, en otras ocasiones he tenido la honra de escuchar a Aguilar Machado en amena conversación sobre temas históricos de nuestra patria. Y creo que nadie podría brindar un retrato tan acabado de conspícuos personajes de honda significación en la vida nacional, como él.

Lástima grande que don Alejandro no dejase escritas sus memorias; porque aunque lo que él escribe no es tan vivo y tan real como lo que habla (ya dije antes que él es esencialmente palabra), su testimonio sería de valor inapreciable para el análisis de nuestra historia. La letra impresa tiene la ventaja de quedar grabada aunque su autor muera; la palabra se diluye en el viento y tan sólo perdura en el recuerdo de quienes la oyeron y la aprecian. Y a fe mía que si una palabra será para mí inolvidable es la de este maestro; porque en él tuve el honor de conocer al último representante de una Costa Rica que no volverá jamás.